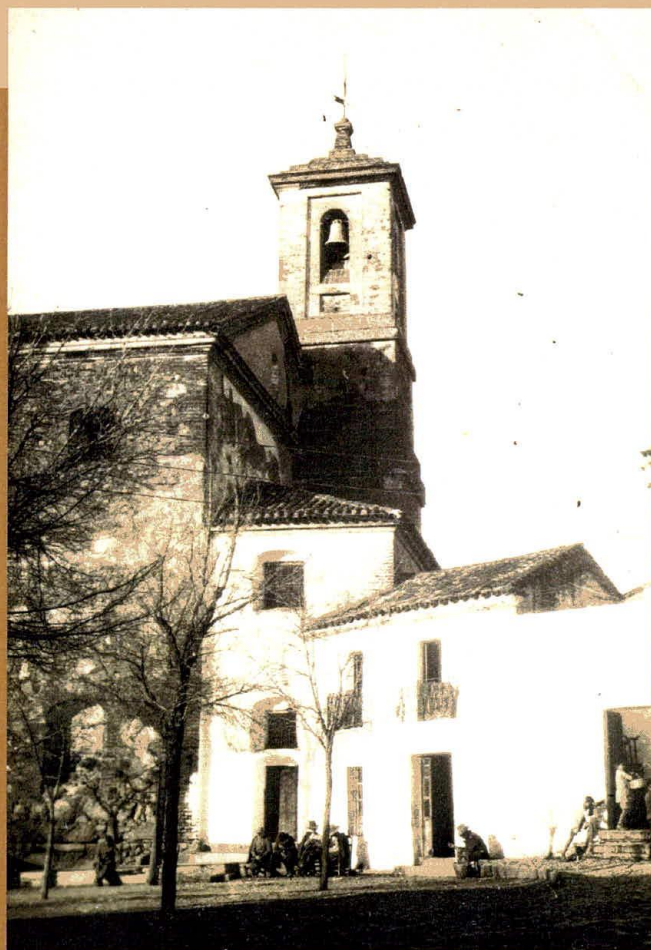


Crónica
de Córdoba,
y sus Pueblos

XXII



Córdoba, 2016

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos
XXII

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2016



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXII

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Iglesia de san José a mediados del siglo XX. *Rafael Bernier Soldevilla*

I.S.B.N.: 978-84-8154-533-3

Depósito Legal: CO 2056-2016

CUENTOS Y LEYENDAS DE PEDROCHE

Francisco Sicilia Regalón

Cronista Oficial de Pedroche

Pedroche, por su rico pasado histórico y cultural, atesora también una importante colección de relatos y leyendas que se han transmitido por vía oral de generación en generación. Casi todas se caracterizan por contener relatos de amor, amores imposibles casi siempre, bien por las desigualdades sociales o por las insalvables diferencias de religión entre los protagonistas. En estas circunstancias no extraña que en prácticamente todas las historias el final de la trama sea trágico y a veces con tintes terroríficos.

La Reina Cava

La leyenda de la Reina Cava tiene su origen en un relato de las Eddas escandinavas, según el cual el rey Aleva fue traicionado por su ministro Thork, en venganza porque había violado a su esposa. En el caso de España, esta leyenda, que ya existía entre los godos, fue adoptada por el partido witizano, enemigo del rey Don Rodrigo, para justificar las críticas que surgieron por su participación en la ayuda que dieron a los musulmanes para que conquistasen la Península Ibérica.

Cuenta la tradición popular que en el año 709 en la corte toledana del rey visigodo Don Rodrigo había una muchacha llamada Florinda que se distinguía por ser de una belleza especial y que había sido enviada por su padre para que recibiera instrucción en las letras, el canto y la danza. Esta muchacha era hija del poderoso conde Don Julián, gobernador de la Jebala, una región montañosa del norte de África. Don Rodrigo se fijó en Florinda un día cuando ella se daba un baño y el rey la vio desnuda.

Un día, el monarca invitó a la reina a su cámara y ésta se hizo acompañar de tres doncellas, una de las cuales era la bella Florinda. Mientras la reina se encontraba entretenida haciendo juegos con sus damas, Don Rodrigo llamó a la joven que le gustaba para que le sacase aradores de las manos con alfiler de oro y en ese momento se le declaró. El arador es un ácaro que produce la sarna, una enfermedad muy frecuente en aquella época, muy unida a la falta de higiene.

Florinda hace como que no comprende las palabras del rey y éste insiste, llegándole a ofrecer ser reina de España. La hija del conde Don Julián se resiste, responde con evasivas y Don Rodrigo decide no acosarla más en esa ocasión. Pero la idea le sigue rondando en la cabeza y no pasaba el día en que no la abordara al menos un par de veces, aunque la joven se defendía lo mejor que podía dando siempre buenas razones.

La obsesión del rey con la chica no cede y un día, durante una siesta mandó a un paje para que fuera a buscar a Florinda y la llevara a la alcoba real. Una vez allí intentó convencer a la muchacha por medio de nuevas promesas para que accediera a sus deseos y ante la negativa de ésta la violó. Florinda pudo gritar y las voces podían haber sido escuchadas por la reina, que se encontraba en una habitación cercana, pero no lo hizo.

Desde ese día, Florinda, que en adelante será conocida como la Cava, que en árabe significa prostituta fina, poco a poco va perdiendo su hermosura a causa de la tristeza que la embarga. Alquifa, una doncella compañera suya, le ruega que le cuente los motivos de ese pesar. Entonces, la Cava le cuenta con todo lujo de detalles su violación por parte de Don Rodrigo y la criada le aconseja que le escriba una carta a su padre contándole todo.

Un escudero se traslada hasta Ceuta con la carta acusadora y se la entrega al conde Don Julián quien durante un tiempo disimula el deshonor que se ha cometido sobre su hija, mientras en secreto prepara la venganza que había caído sobre su linaje, conchabado con Witiza, el anterior rey goda destronado por Don Rodrigo. Los conjurados entran en contacto con los musulmanes que habían llegado a Marruecos y se ofrecieron para facilitarles el paso del estrecho de Gibraltar y la conquista de España. En el año 711 los musulmanes cruzaron el estrecho y se enfrentaron al rey Don Rodrigo, que había salido a su encuentro, en la batalla del Guadalete o de la laguna de la Janda.

Apenas comenzada la batalla, el conde Don Julián y los hijos de Witiza, que en principio figuraban entre las filas del rey goda, se pasaron al enemigo con todas sus tropas y los musulmanes, al mando de Tarik, vencieron y empezaron la conquista de España, lo que hicieron en muy poco tiempo. Los invasores mataron a Don Rodrigo y a toda su familia, entre la que se encontraba el hijo que tuvo con la Cava.

Después de la pérdida de España, la hermosa Cava se refugió en el castillo de Pedroche, construido en la época del rey goda Teodredo, que estaba situado junto al camino califal de Córdoba a Toledo, y aquí vivió ya el resto de sus días. Entre los muros de la fortaleza llevó una vida llena de penitencia y virtudes, puesto que durante toda su vida ella consideró que había sido la causa indirecta de la pérdida de España. Antes de morir arrojó sus tesoros al fondo de un pozo, que desde entonces lleva el nombre de *Fuente de la Cava*, el mismo al que solía acudir para llorar la muerte de su hijo y maldecir su destino y al que ella misma se arrojó.

Durante muchos años, al filo de la madrugada, cuentan los vecinos que mientras el viento rugía con furia, veían con terror la aparición de una mujer loca y desmelenada, que, prorrumpiendo en carcajadas salvajes, recorría con extraviados pasos las orillas del pozo, registraba con inquieta mirada su revuelto fondo y sin detenerse nunca, sin alzar jamás los ojos al cielo, proseguía eternamente su carrera murmurando palabras incoherentes y sin sentido que llevaban el miedo y la tristeza al corazón de cuantos la oían. En vano hubo algunos bastante arrojados para esperarla en ese lugar y pedirle explicación de sus actos; apenas veía que alguien trataba de aproximarse a ella, sus ojos parecía que se iban a salir de sus órbitas, su agitación era más extraordinaria, sus frases más incoherentes, más salvajes sus gritos: huía y huía, sin que nadie pudiera seguirla en su carrera desenfrenada. Un día desapareció y nadie volvió a verla.



Fuente de la Cava.

Pero, desde entonces, ocurrió una cosa muy extraña: todas las noches, apenas el sol se hundía en el horizonte y las nubes encapotaban el cielo, en esos momentos de calma que preceden a la tempestad, se veía, en pie sobre el torreón del castillo, una figura descarnada y seca, con el cabello suelto al aire, volviendo a todas partes la triste mirada de sus ojos, sin expresión y sin vida; de repente, elevaba la vista hacia el norte; el viento, que rugía, modulaba un grito prolongado, y, al espirar, otra sombra, la sombra de un hombre armado de todas armas, pero con la cabeza desnuda, surgía también sobre el arruinado alcázar. Y los dos fantasmas se miraban, clavaban uno en otro sus pupilas sin luz y entonces era cuando el huracán rugía con más fuerza. En aquellas horas, largas como el dolor, nadie se atrevía a salir a la calle, por miedo a encontrarse en las sombras de la noche con aquella mirada brillante que parecía desencadenar los elementos para lanzarlos sobre el mundo.

Algunos vecinos acudieron para buscar remedio a tantos males a un viejo ermitaño que, retirado en el campo, pasaba su vida en la abstinencia y el ayuno; le contaron los extraños sucesos que llamaban tan poderosamente su atención y le pidieron que impetrase del cielo la gracia de que aquella sombra volviera a dormir sosegada en su sepulcro.

Una noche, seguido el ermitaño de los habitantes de Pedroche, que llevaban teas encendidas, se trasladó a la Fuente de la Cava; apenas llegó la cruz, el cuerpo de la desgraciada mujer, en completo estado de putrefacción, se levantó por sí sólo y fue a sumergirse de nuevo en el pozo con admiración de todos. El ermitaño bendijo el breve recinto en nombre de Dios y postrándose de rodillas rezó por las almas extraviadas y todos oraron con él. La sombra desapareció perdiéndose en el espacio. Ya no volvió a verse más en Pedroche el fantasma de Florinda la Cava.

Síntesis histórica

Don Rodrigo ostentaba el cargo de dux de la Bética y era miembro de la familia de Chindasvinto, enfrentada a la de Wamba por el poder. A la muerte de Witiza esta lucha se encarnizó al ser nombrado Rodrigo rey, por una parte de la nobleza, mientras que otro grupo había nombrado a Agila II, el hijo de Witiza. El desgarró del reino visigodo se manifestaba en el reparto del territorio entre ambos rivales, controlando Rodrigo la mayor parte del reino mientras que Agila se hacía fuerte en la Narbonense y parte de la Tarraconense -actuales zonas sur de Francia y norte de Cataluña-.

Dentro de este contexto de guerra civil aparecen las tropas musulmanas dirigidas por Tarik. Los musulmanes cruzaron el estrecho de Gibraltar en la primavera del año 711. En el momento del desembarco Rodrigo estaba combatiendo en el norte peninsular contra los vascones y al recibir noticias del suceso se trasladó al sur con su ejército. El encuentro entre Rodrigo y las tropas de Tarik tuvo lugar en el Wadi Lakka, lugar identificado con el río Guadalete o Barbate, en Cádiz.

La Crónica Mozárabe cuenta que las dos alas del ejército habían sido confiadas por Rodrigo a dos hermanos de Witiza, Opas y Sisberto, quienes traicionaron al rey cuando abandonaron el contingente principal. En la batalla que se produjo los visigodos fueron derrotados y Rodrigo murió. El enfrentamiento se fecha entre el 19 y el 26 de julio del año 711. El reino visigodo desapareció de forma inmediata.

La Peñita del Serrano

Aixa era una joven musulmana muy bella que vivía en Pedroche con sus padres. Cuando tuvo noticias de la caída de Granada a manos de los Reyes Católicos escondió sus tesoros, como hicieron muchas personas de su religión, y los ocultó en la llamada *Peñita del Serrano*. En ese mismo lugar, la joven fue encantada por su padre y por el imán o jefe religioso musulmán de la localidad. El encantamiento lo llevaron a cabo una mañana fresca, mientras se escuchaba el cantar de los gallos, el golpeo del hierro en las numerosas fraguas que entonces había en el pueblo y las canciones de los gañanes que se iban al campo. Se respiraba alegría ¿para todos? No, para Aixa iba a ser un día muy triste.

En el momento de la ceremonia pasó por allí una gitana llamada Carlota, que vivía en los arrabales, que le dijo a la muchacha: “Toma este traje nuevo y estas zapatillas, guárdalos porque te pueden hacer falta cuando menos lo esperes”. Y allí quedó encantada Aixa, hasta el momento en que un serrano la sacase de ese trance y entonces ella partiría camino de la capital del reino nazarí. De este modo, al pronunciarse unas oraciones por el imán, al instante se abrió una piedra y allí quedó Aixa encantada.

A los veinte días aproximadamente de producirse el hecho pasó por el lugar un joven llamado Felipe y apodado *El jinete*, que conducía una recua de mulos que traía desde Extremadura para venderlos en Andalucía. El muchacho se tumbó a descansar y posó su cabeza sobre una piedra, situada junto a una charca, donde los animales saciaban su sed. En ese instante la peña se abrió y apareció Aixa, que le pidió al joven que se quedara en ese lugar hasta que ella volviera, guardando los tesoros que allí había enterrados, pues le dijo que ella debía salir para Granada.



Peñita del Serrano.

Asomaban las primeras luces del alba y el ambiente olía a zarzaparrilla, romero y poleo. Y en ese entorno se produjo el desencantamiento y Felipe allí se quedó encantado, suspirando por Aixa, que en esos momentos estaba radiante, mientras p0onía rumbo a la ciudad de la Alhambra.

En Granada, Aixa era llevada de fiesta en fiesta por el alcaide de la fortaleza, pero su rostro no mostraba felicidad. Un día, el mismo alcaide le preguntó a Aixa por el motivo de su tristeza y ella le contestó que su corazón estaba en Pedroche, donde se encontraba el joven al que adoraba. El alcaide fue generoso y permitió a Aixa volver a su pueblo.

Nada más llegar, una mañana muy temprano, Aixa, el santón y el imán de la mezquita mayor se dirigieron al lugar donde estaba encantado Felipe, sitio que desde entonces se conoce como *La peñita del serrano*. Una vez en el lugar procedieron a desencantar al muchacho, que lo primero que hizo fue abrazar a Aixa y los dos cogidos del brazo se fueron camino de la calle Real, dejando a la derecha la *Fuente de la Mora*, donde bebieron agua y se refrescaron la cara.

Caminaban despacio, sin prisa, pues los enamorados nunca la tienen. Al llegar al callejón del Cirio, llamado así porque en ese lugar había una finca cuya producción servía para pagar el cirio o vela que siempre ardía en el sagrario de la iglesia parroquial, uno de los vigilantes del castillo que protegía Pedroche vio a Aixa y a Felipe cogidos de la mano y dio conocimiento de ello al alcaide mayor de la fortaleza, diciéndole que una mora iba de la mano de un cristiano.

Al llegar al lugar donde la calle Real desemboca en El Egido, los enamorados se detuvieron ante un pozo del que manaba abundante agua. En ese momento, a traición y sin mediar palabra, un moro les cortó la cabeza a los dos con una gubia, rodando ambas testas por el suelo.

Una vez cometido el crimen, el joven musulmán se presentó ante el alcaide mayor y le dijo: “La voluntad de Alá se ha cumplido. Alá es grande. Misión cumplida”.

El alcaide le respondió: “Sí que lo es y ahora ven para acá, que vas a recibir el premio con el que acostumbro a pagar estos buenos trabajos. Acompáñame”. El alcaide condujo al criminal a una sala recubierta de azulejos y llamó a un verdugo, que con un cuchillo incandescente le perforó los oídos y después los ojos, quedando el árabe sordo y ciego. Allí quedó tendido en el suelo, retorciéndose de dolor, envuelto en un olor a carne quemada.

Mientras, el alcaide mayor le decía: “Esta es tu paga por tus buenos servicios. Ni oirás, ni verás, ni hablarás porque vas a morir”.

Y así termina esta leyenda trágica, con la muerte por amor de dos jóvenes, cristiano y musulmana, que antepusieron su atracción a sus creencias religiosas, y del traidor que los delató.

La Casa del Judío

La Casa del Judío estaba situada frente a la iglesia parroquial del Salvador, concretamente por la puerta lateral de la Epístola. Este edificio tiene una historia muy particular y también era conocido por *Casa de los Duendes* y *Casa de las Lágrimas* y hasta tal punto era aborrecida por los pedrocheños que cuentan que los niños echaban a correr muertos de miedo cuando pasaban ante la vivienda.

En esta casa vivió hace muchísimos años un judío llamado Malogrado. Era alto de estatura, feo de rostro, encorvado y con un color verdoso de cara; a decir de los que le visitaban, no le lucía nada el mucho dinero que manejaba. Como buen judío se dedicaba a comprar, vender y prestar dinero, con tanta usura que al rendirle cuentas sus deudores le entregaban no solo sus animales, joyas o ajuares, sino también los sudores de su trabajo. Eran tales las penas que aquella vivienda provocaba entre los vecinos que de ahí el nombre de *Casa de las Lágrimas*.

Un día de invierno, estación en la que el viento helado azota con especial crudeza en esta zona del pueblo, los vecinos notaron que la puerta de la casa del usurero no se abría como de costumbre, por lo que forzaron la entrada y encontraron a Malogrado en el sótano, muerto de frío mientras contaba el dinero, sentado sobre un aparejo.

Al poco tiempo de ocurrir el fatal desenlace se presentó en el pueblo Moisés, hijo de Malogrado, que regresaba de un viaje que había hecho a Toledo en compañía de su hija, Estrella. La muchacha tenía entre quince y dieciséis años y a decir de los mozos del pueblo estaba hecha de canela, menta y rosa de lo guapa y graciosa que era. Tenía los ojos azules, era alta, con la piel blanca como la nieve y con los cabellos rubios como los rayos del sol. Estrella llevó la alegría a aquella vivienda tan lúgubre y triste. Los muchachos ya no corrían al pasar por la puerta de aquella casa, al contrario, los jóvenes pasaban a todas horas por ella y por las noches solían juntarse en la puerta del cementerio viejo para obsequiar a la muchacha con sus serenatas. Entre todos destacaba Aristeo, que era el hijo del sepulturero.

Moisés estaba amargado porque creía que su padre le había dejado una fortuna, pero lo que se encontró fue una casa destrozada y saqueada por quienes habían sido deudores de Malogrado. Como buen judío, Moisés no se amilanó ante la adversidad y

ejerciendo el oficio de guarnicionero volvió a crearse una fortuna suficiente para pasar sus días sin dificultades económicas. Estrella, por su parte, llenaba su martirizado corazón supliendo el cariño de su esposa Débora, que había muerto cuando su hija contaba solo dos años de edad.

Pero la desgracia acechaba a Moisés; un grupo de judíos cuchichean indignados, parece que una nueva maldición se avecina sobre su raza. Estrella, la gloria del barrio judío, la alegría y el honor de su padre y de cuantos la conocen, está enamorada de Aristeo y está dispuesta a recibir las aguas del bautismo para poder contraer matrimonio cristiano.

Poco a poco la indignación y la rabia corroen a los judíos de Pedroche. Piensan que es intolerable que un cristiano se despose con la flor de la estirpe descendiente de David y ni los consejos del anciano rabino de la sinagoga pedrocheña hacen desistir a Estrella de la decisión que ha tomado.

En un lugar junto al Torreón y al lado de la Puerta de la Villa se encuentra El Calvario, un montículo coronado años después por tres cruces, que representan la crucifixión de Cristo. Detrás de la cruz central, que era la más artística, había un olivo enorme que, según cuenta la tradición, fue traído a Pedroche desde Getsemaní por el arzobispo Moya y plantado por él mismo: en lo más alto del promontorio. Brillaba día y noche un sucio farol, que en la oscuridad servía de guía a los caminantes. En este lugar sagrado se ha reunido todo el ghetto judío. Visten traje de gala y en medio del silencio de la noche un enorme corro formado por jóvenes y ancianos lanzan piedras sobre Estrella, La muchacha había sido condenada por el consejo de ancianos a morir lapidada, para servir de escarmiento a otras jóvenes judías, para que no cayeran seducidas por los halagos de los cristianos.

Desde aquella noche, Moisés, el padre exasperado, que había creído encontrar la satisfacción en la muerte de su hija rebelde sacrificada, en su lugar solo encontró la más terrible soledad.

Al poco tiempo del fallecimiento de Estrella, en el lugar del martirio apareció un extraño rosal, pues dice la leyenda que sus hojas desprendían un intenso fulgor antes del amanecer. Hasta ese paraje fue un día Aristeo con un azadón, con la idea de trasplantar esa hermosa planta que tantos recuerdos le traía hasta el jardín de su casa. Al primer azadonazo los pétalos de las rosas se iluminaron y las corolas semejabán lámparas encendidas; las hojas brillaban con más intensidad y el rosal se convirtió en un ascua gigantesca, mientras, procedente de las raíces del arbusto, se escuchaba con toda claridad un suspiro.

En ese instante los huesos de Estrella se juntaron en orden unos con otros, se pusieron de pie y se revistieron de carne, mientras aparecía la joven con todo su esplendor y, lentamente, se acercó hasta Aristeo, diciéndole “quiero recibir el bautismo”. Entonces el joven se encaminó hacia un pozo que había en un lugar cercano llamado *Fuente de la Huerta de la Perra* y llenó un puchero de agua. Regresó y con la misma bautizó a Estrella, que después le extendió sus brazos y lo besó diciéndole: “Hasta que nos veamos en el cielo”. En ese momento, aquella esbelta figura que parecía una estatua de alabastro iluminada se desmoronó y se apagó poco a poco, mientras que sus ropajes se convertían en un montón de pavesas que se dispersaron con el viento.



Casa del Judío.

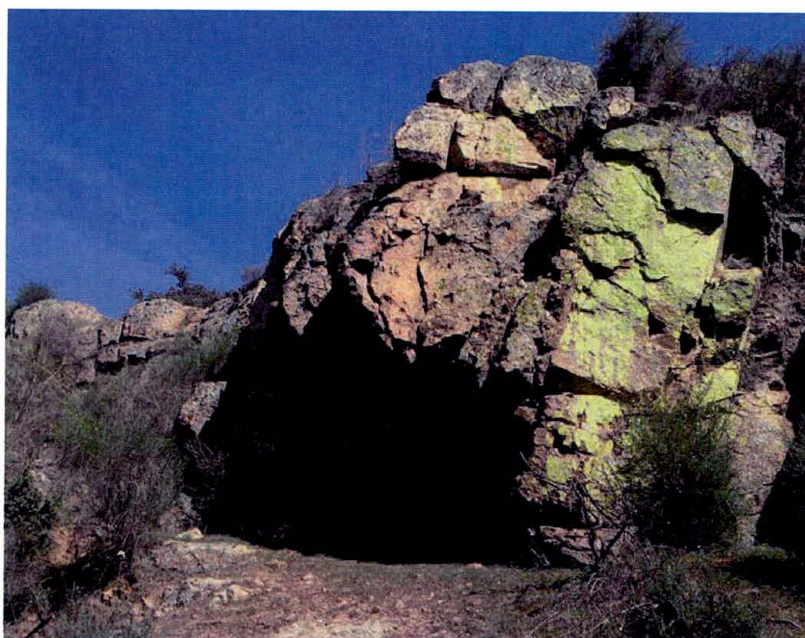
Al día siguiente, Aristeo empezó a sufrir unas fiebres altísimas, mientras por su boca salían palabras inconexas, como: “el rosal está seco”, “forman el esqueleto”, “su carne es pura”, “me pide el bautismo”, “sus ropas se convierten en pavesas”, “se desintegra”... Y así estuvo el joven hasta que murió pocos días después, recitando hasta su último instante aquellas locuras, ¿o eran verdades?

La Cueva de la Serpiente

A un kilómetro aproximadamente de la ermita de la virgen de Piedrasantas, arroyo Santa María abajo, se encuentra una finca en la que emerge una gran roca que en su parte que mira al poniente aloja una pequeña cueva. No es muy profunda y antiguamente servía de refugio a pastores y labradores en días de frío y lluvia; las paredes de su interior estaban ennegrecidas a causa del humo de las hogueras que encendían los hombres del campo para calentarse.

Esta pequeña oquedad es conocida en Pedroche como *Cueva de la Serpiente* y con anterioridad como *Roca de la Sierpe*. Esta finca fue durante mucho tiempo propiedad de una cofradía de la localidad.

Se cuenta en el pueblo, de generación en generación, que en esa gruta habitaba en tiempos de la dominación musulmana e incluso antes un enorme ofidio que hacía estragos entre los abundantes rebaños de ganado que pastaban por aquellos parajes, engulliendo enteros hasta especies como ovejas, cerdos o terneros. La serpiente sembraba el pánico también de los pastores que cuidaban de estos animales.



Cueva de la Serpiente.

En el pueblo se estudiaba una y otra vez la forma de terminar con aquella pesadilla y el consejo de la villa, reunido al efecto, decidió que había que acabar para siempre jamás con ese maligno y peligroso animal. Se barajaron varias formas para acabar con la vida del temible ofidio y al final se decidieron por subir hasta el campanario de la torre un cañón, pequeño de tamaño pero de un gran alcance.

Buscaron al mejor tirador de los alrededores y desde allí arriba, el día fijado para la operación apuntó hacia la cueva y al primer disparo el proyectil acabó con la vida del monstruo y dejó ennegrecida la gruta.

A partir de entonces el vecindario vivió tranquilo, sin preocuparse del peligro que suponía el gigantesco reptil.

El Molino Blanco

El llamado *Molino Blanco* estaba en el cauce del arroyo Santa María y se llegaba a él por la calle de El Olivo abajo, una vez pasados la *Viña de la Botica* y la *Cruz del Arenal*. Era uno de los muchos que existían en el citado espacio fluvial, como los de Pedrajas, Piedrasantas, El Cubo o la Piedra Merendera y tenían como función moler el grano que llevaban hasta allí los pedrocheños para obtener harina y otros derivados.

El dueño del *Molino Blanco* era el tío Melchor, que tenía una hija única llamada Juanita, que era muy hermosa y se dedicaba a guardar una piara de cochinos, como hacían otros muchos niños del pueblo, por los alrededores del negocio familiar. De esta muchacha destacaba el hecho de que pasaba horas y horas asomada a la *Fuente de la Puerca* tocando su flauta de caña. De este pozo bebían los numerosos porquerillos que se encontraban por allí, mientras los cerdos comían las hierbas frescas de las orillas del arroyo.

Un día no acudió a su trabajo el empleado que el tío Melchor tenía en el negocio y que debía llevar la molienda al pueblo, por lo que mandó a su hija a realizar esta misión. Le cargó en sus burros adornados con campanillas tres costales de harina para que los cambiara por tres de trigo. La joven cumplió con su trabajo y cuando regresaba al molino, a la altura de la *Cruz del Arenal*, los fardos se le cayeron al suelo.

Juanita corrió hasta el molino para pedir ayuda, pero no encontró a nadie; además los porquerillos que frecuentaban aquel paraje ya se habían marchado a sus casas. La muchacha volvió enseguida al lugar del accidente y su sorpresa fue mayúscula cuando vio que el burro que se había caído estaba de pie y los costales habían sido colocados sobre los lomos del animal. También observó que encima del costal de arriba había un enano, de alrededor de medio metro de alto, que le dijo: “No te asustes, porque soy el galán que te quiere, que sueña contigo y que ansía tenerte como esposa, porque sólo así podré salir de este encantamiento”.

El hombrecillo, ante el asombro de Juanita, continuó: “No creas que siempre soy así de pequeño” y saltando al suelo desde el burro se puso al lado de la joven y añadió: “Yo puedo tomar la forma que quiera, verás” y poco a poco empezó a crecer y crecer hasta convertirse en un gigante de cerca de tres metros. Inclinandose sobre Juanita le susurraba: “Quiero casarme contigo, soy el conejito con el que juegas, el gatito que te divierte, el pajarito al que das de comer... Soy el galán que te adora”.

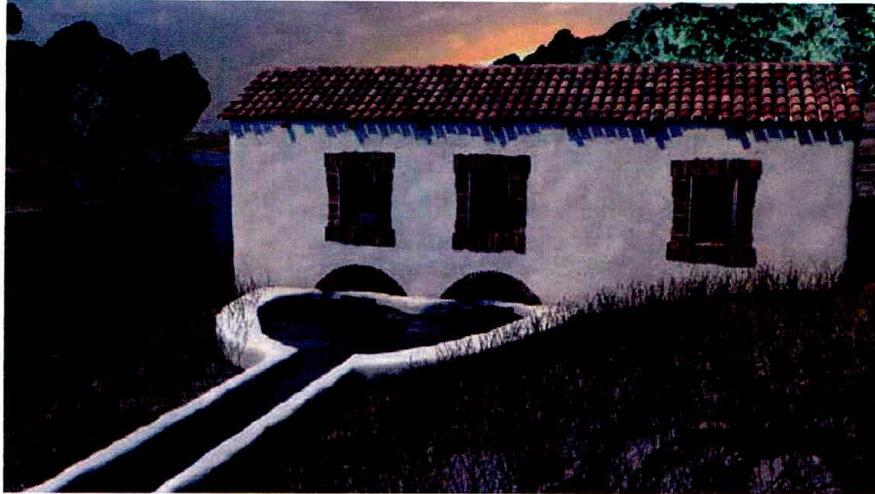
“No, eso no puede ser”, replicó Juanita, mientras rompía a llorar y en ese instante el duende desapareció. Entonces, la jovencita se marchó al molino y le contó lo sucedido a sus padres con pelos y señales. Desde ese día el tío Melchor y su esposa buscaron en el pueblo a un joven con el que desposar a su hija. Al final escogieron a Antoñito, un muchacho de escasa inteligencia y acondicionaron una casa en Pedroche, provista de todas sus comodidades, para servir de hogar a los futuros esposos.

La boda fue espléndida, de las mejores que se recuerdan en la localidad; los festejos se desarrollaron en los alrededores del molino y no faltaron los mejores manjares ni el buen vino y los recién casados recibieron multitud de regalos, mientras los bailes se alargaron durante varias horas.

Llegada la noche los invitados más cercanos acordaron acompañar a los novios hasta su casa del pueblo, donde los dejaron tras despedirse de ellos. “Que paséis buena noche”, les dijeron sus familiares y amigos a los recién casados, mientras muchos de ellos esbozaban una sonrisa picarona. Ya casi de madrugada los mozos que iban de ronda, como era costumbre, se pararon a escuchar en la puerta de los recién casados para intentar averiguar como era de ruidosa aquella noche de amor. Pero, sorprendentemente, no escucharon nada dentro de la casa, en la que reinaba un silencio casi sepulcral, en vez de oírse risas y gemidos de placer como hubiera sido lo habitual.

Al día siguiente por la mañana los padrinos cumplieron con la tradición de ofrecer a los novios como desayuno chocolate caliente en la cama. Llamaron repetidamente a la puerta de la casa, pero nadie contestaba. Extrañados, decidieron avisar a la Curia para que forzaran la puerta de la vivienda y así se hizo y, cuando las autoridades penetraron en la mansión y fueron al dormitorio, el horror se apoderó de estos representantes de la ley, a pesar de ser hombres acostumbrados a ver muchas desgracias. Sobre la cama yacían los cadáveres de los recién casados, que habían muerto por estrangulamiento.

El entierro de Antoñito y Juanita fue el más solemne que se recuerda en Pedroche; al mismo acudieron la Curia, los Doce Apóstoles y las cofradías y se le cantaron responsos y el Oficio.



Recreación de un molino en el arroyo Santa María.

Cuando la gente volvía del cementerio se presentó en el pueblo un mozalbete de los que se dedicaban a guardar los cerdos en el campo y avisó de que en la *Fuente de la Puerca* había un hombre ahogado. Hasta allí se dirigieron el juez, el alcalde, el boticario, el cura y los hermanos de las ánimas, que comprobaron que efectivamente dentro del pozo había un cadáver. Entonces sucedió algo fantástico: en el instante en el que los hermanos de las ánimas depositaron el cuerpo del fallecido en el ataúd para trasladarlo al cementerio de Santa Marta, del finado empezaron a salir multitud, millones de pavesas que sólo cesaron cuando el cadáver hubo desaparecido de la caja.

Sorprendidos, todos los allí presentes pensaron si tal vez el trágico suceso de la muerte de los dos recién casados no sería una venganza del enanito encantado contra Juanita la Molinera, por no haber accedido a sus planes de desposarse con ella.

La Fuente de los Diablos

Era un día 6 de agosto de hace ya muchísimos años, siglos incluso. El superior del convento de Nuestra Señora del Socorro de Pedroche ordenó al padre Diamantino que acompañado por el hermano Canuto y por Juanito *El estudiante* se dirigieran hasta el pueblo de San Benito para recoger la fruta que un piadoso bienhechor donaba al monasterio todos los años. Para tal efecto se llevaron dos acémilas, a las que cargaron sendas aguaderas hechas de esparto, de seis cántaros, para depositar en ellas las citadas frutas.

Antes de marchar, el superior le dio al padre Diamantino una lista con las misas que dicho benefactor, del que ocultó su nombre, adeudaba al convento y otra con los responsos que este debía en concepto de oraciones, sufragios y disciplinas que por sus difuntos se aplicaban por la comunidad franciscana pedrocheña.

A las tres y media de la madrugada se fijó la hora de la salida y así se hizo y poco después los dos frailes recogieron a Juanito *El estudiante* de casa del escribano, donde vivía. La mañana estaba fresquita y la humedad se hizo notoria al pasar por el *regajo del Santo* y poco tiempo después les llegaron a los caminantes los aromas campestres del poleo cuando pasaban por el *cerrillo del Santo*, lugar donde los labriegos comenzaban a preparar aquella infinidad de eras que poblaban ese lugar y ya empezaban a escucharse los cantos de trilla que alegraban la mañana.

Antes de llegar al arroyo *Jondillo* el padre Diamantino les dijo a sus acompañantes, señalando al cerro próximo: “¿Veis aquella casita blanca con su pozo? Pues ese siempre está seco y os voy a contar el porqué”. El fraile explicó que aquellas tierras pertenecían a un musulmán y que como el terreno era tan árido todos los días mandaba a su hija con un cántaro a una fuente cercana. Además, en aquel paraje, aprovechando la humedad del arroyo cercano había un melonar, que guardaba un mozalbete desde un chozillo.

“En cierta ocasión –dijo el clérigo– el muchacho esperó a la joven y cuando ésta se acercó a la fuente, parece que intentó abusar de la chica, aunque sin conseguirlo. La chavala contó el incidente a su madre y esta al padre. Al día siguiente, la mora volvió a acudir con su zaque a buscar agua, pero esta vez seguida de cerca por sus progenitores, uno por cada lado, sin que ella se percatara de esta vigilancia. El jovenzuelo intentó de nuevo acosar a la chica y en ese momento se presentaron los dos musulmanes”.

“El deshonorado padre –continuó el fraile– le propinó un fuerte puñetazo al mozalbete que le hizo caer al suelo y en ese momento la madre, aprovechando que el agredido estaba medio mareado, lo sujetó de los brazos mientras el marido le bajó los pantalones y con una hoz que llevaba le rebanó sus atributos sexuales y los arrojó con desprecio a la fuente, mientras el chico se revolcaba en la tierra, bañado en su propia sangre y dando enormes alaridos de dolor. El moro le gritó: ‘Para que Alá te perdone tu gran pecado sería necesario que pasases por siete ríos de aceite y aún me tienes que estar agradecido’, a la vez que toda la familia se alejaba, dejando en el lugar al chico muy malherido”.

Los acompañantes del padre Diamantino escucharon aterrorizados esta historia y casi sin darse cuenta pasaron el arroyo de *La Jurada* y subieron la cuesta de *La Motilla* y sin dar tregua a sus interlocutores el fraile prosiguió: “En esta dehesa hay muchísimas encinas, pero solo una echa bellotas con la imagen de la virgen de Piedrasantas y un peregrino encontró ese árbol y le llevó ese fruto al Papa en Roma”.

Por fin llegaron los viajeros a Torrecampo, donde el padre Diamantino ofició una misa, mientras el hermano Canuto hizo su agosto recogiendo infinidad de limosnas para el convento. Cruzaron el río Guadalmez y arribaron a San Benito, donde con tanto deseo les esperaban aquellos bienhechores. Tras descansar allí aquella noche al día siguiente, tras la misa, cargaron sus acémilas con las frutas que les donaron y emprendieron el viaje de vuelta a Pedroche.

Sin parar esta vez en Torrecampo los viajeros subieron la cuesta de *La Motilla* y al llegar al arroyo *La jurada* se detuvieron para dar pienso y agua a los animales; les aflojaron las cinchas y ellos mismos descansaron un rato, para emprender de nuevo el camino. Al pasar por el arroyo *Jondillo*, afectado por el polvo, el calor y el cansancio, el padre Diamantino dijo a sus acompañantes: “Voy a beber un poco de agua, aunque sea de la *Fuente de los Diablos*”. Descabalgaron y el religioso, a pechos, se hartó del fresquísimo líquido elemento, mientras Canuto solo se refrescó los labios con la mano y

Juanito dijo: “No, yo no bebo de ahí”. El padre le replicó: “No te escandalices, porque si David comió los panes de la proposición es porque tenía hambre y si yo bebo de esta fuente es porque tengo sed”

Por fin llegaron los viajeros al convento, al que entraron por la puerta falsa, descargaron las acémilas y les dieron agua y pienso y ellos mismos tomaron un refrigerio. Juanito se marchó a casa de sus padres y Diamantino y Canuto se entregaron al sueño reparador. Cuando despertó a la mañana siguiente, el padre Diamantino no podía articular palabra de la ronquera que tenía y al encender su candileja observó asombrado que sangraba por la boca. Los frailes llamaron de inmediato al médico, que cuando llegó se limitó a decir: “Muerte por asfixia por hemorragia” y ordenó que velaran el cuerpo y no lo amortajaran hasta pasada al menos una hora. Cuando el cadáver se fue enfriando, por las fosas nasales del fraile los religiosos presentes, aterrorizados, vieron salir dos enormes sanguijuelas.



Puerta del antiguo convento franciscano, actual cementerio.

Las campanas tanto de la parroquia como de los conventos de Pedroche, así como las espadañas de las ermitas de la localidad doblaron al muerto, envolviendo al pueblo durante horas en una triste melodía que sobrecogía a todos y helaba la sangre en las venas hasta en las personas más insensibles. La noticia corrió como río de pólvora por todos los pueblos de la comarca; por la tarde llegaron los frailes carmelitas de Hinojosa con su padre provincial al frente y acompañados de su coral, que en aquel tiempo era la más famosa de Andalucía. Acudieron también alcaldes y párrocos de los alrededores y antiguos alumnos del convento del Socorro. El pueblo se llenó de carruajes: coches de caballos y tartanas y muchas personas vinieron a pie. La explanada de La Tejera estaba repleta de gente y de los medios de transporte terrestres existentes en la época.

Fue tal el número de visitantes que el vicario, el provincial de los franciscanos, el superior del convento y el arcipreste de Pozoblanco se reunieron y acordaron que el funeral se celebrara en la iglesia parroquial, puesto que la capilla del monasterio se quedaba pequeña para acoger a la muchedumbre congregada en la capital de las Siete Villas para este fin.

Como era el tiempo de la recolección y estas tareas quedaron completamente paralizadas por el duelo, acordaron celebrar las exequias a las tres de la madrugada para que los agricultores volvieran pronto a sus faenas. Al coro subieron numerosos músicos y cantores, interpretándose el oficio de difuntos con una gran solemnidad.

Terminada la misa de *réquiem*, Canuto repartió velas entre los asistentes y Juanito entregaba el real de plata, ritos comunes en aquel tiempo, mientras dejaban escapar una lágrima por el padre Diamantino, pero a la vez se alegraban de no haber bebido agua de *la Fuente de los Diablos* para saciar su sed, pues estaban totalmente convencidos de que esta acción había sido la causante de la muerte del religioso.

La comitiva fúnebre tomó el camino del convento encabezada por los frailes, acompañados por las autoridades religiosas y civiles, y allí, en la que había sido su morada durante muchos años, dieron sepultura al franciscano en una cripta que había debajo del altar mayor de la iglesia del cenobio. Al venir el día la muchedumbre regresó cada uno a su lugar de procedencia. Señores y pueblo llano, para todos hubo su real de plata y todos tuvieron vela en este entierro.



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

